

LIBRO DE LOS GORRIONES  
( RIMAS)

Gustavo Adolfo Bécquer

# Introducción

## sinfónica

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse al beso del sol en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en formidable, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por donde salir a la luz de entre las tinieblas en que viven. Pero ¡ay, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra, tímida y perezosa, se niega a secundar sus esfuerzos! Mudos, sombríos e impotentes, después de la inútil lucha vuelven a caer en su antiguo marasmo. ¡Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cesa el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino!

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres: ellas son la causa, desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí, paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término, y a éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya como las raquílicas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso a las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Andad, pues! Andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables; os vestirá,

aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estofa tejida de frases exquisitas, en la que os pudierais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. Mas es imposible.

No obstante, necesito descansar: necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre con plétórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que aventaja por el aire la muerte, antes que su creador haya podido pronunciar el fiat lux que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque a la vida de la realidad del limbo en que vivís, semejantes a fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan, a la vez que el instrumento, las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza a flaquear, y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales.

Mi memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado, con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si morir es dormir, quiero dormir en paz en la noche de la muerte, sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo a cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron, en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje. De una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanco, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

Junio de 1868.

**Rimas**

## RIMA I (11)

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar, que no hay cifra  
capaz de encerrarle; y apenas, ¡oh, hermosa!,  
si, teniendo en mis manos las tuyas,  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.



## RIMA II (15)

Saeta que voladora  
cruza, arrojada al azar,  
y que no se sabe dónde  
temblando se clavará;

hoja que del árbol seca  
arrebata el vendaval,  
sin que nadie acierte el surco  
donde al polvo volverá;

gigante ola que el viento  
riza y empuja en el mar,  
y rueda y pasa, y se ignora  
qué playa buscando va;

luz que en cercos temblorosos  
brilla, próxima a expirar,  
y que no se sabe de ellos  
cuál el último será;

eso soy yo, que al acaso  
cruzo el mundo sin pensar  
de dónde vengo ni a dónde  
mis pasos me llevarán.

### RIMA III (42)

Sacudimiento extraño  
que agita las ideas,  
como huracán que empuja  
las olas en tropel.

Murmullo que en el alma  
se eleva y va creciendo  
como volcán que sordo  
anuncia que va a arder.

Deformes siluetas  
de seres imposibles;  
paisajes que aparecen  
como al través de un tul.

Colores que fundiéndose  
remedan en el aire  
los átomos del iris  
que nadan en la luz.

Ideas sin palabras,  
palabras sin sentido;  
cadencias que no tienen  
ni ritmo ni compás.

Memorias y deseos  
de cosas que no existen;  
accesos de alegría,

impulsos de llorar.

Actividad nerviosa  
que no halla en qué emplearse;  
sin riendas que le guíen,  
caballo volador.

Locura que el espíritu  
exalta y desfallece,  
embriaguez divina  
del genio creador...  
Tal es la inspiración.

Gigante voz que el caos  
ordena en el cerebro  
y entre las sombras hace  
la luz aparecer.

Brillante rienda de oro  
que poderosa enfrena  
de la exaltada mente  
el volador corcel.

Hilo de luz que en haces  
los pensamientos ata;  
sol que las nubes rompe  
y toca en el zenit.

Inteligente mano  
que en un collar de perlas  
consigue las indóciles

palabras reunir.

Armonioso ritmo  
que con cadencia y número  
las fugitivas notas  
encierra en el compás.

Cinzel que el bloque muerde  
la estatua modelando,  
y la belleza plástica  
añade a la ideal.

Atmósfera en que giran  
con orden las ideas,  
cual átomos que agrupa  
recóndita atracción.

Raudal en cuyas ondas  
su sed la fiebre apaga,  
oasis que al espíritu  
devuelve su vigor...  
Tal es nuestra razón.

Con ambas siempre en lucha  
y de ambas vencedor,  
tan sólo al genio es dado  
a un yugo atar las dos.

## RIMA IV (39)

No digáis que, agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas,  
mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista,  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías,  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista,  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a dó camina,  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,  
sin que los labios rían;  
mientras se lllore, sin que el llanto acuda

a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan,  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran,  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira,  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas,  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!

RIMA V (62)

Espíritu sin nombre,  
indefinible esencia,  
yo vivo con la vida  
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,  
del sol tiemblo en la hoguera,  
palpito entre las sombras  
y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro  
de la lejana estrella,  
yo soy de la alta luna  
la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube  
que en el ocaso ondea,  
yo soy del astro errante  
la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,  
soy fuego en las arenas,  
azul onda en los mares  
y espuma en las riberas.

En el laúd, soy nota,  
perfume en la violeta,  
fugaz llama en las tumbas

y en las ruinas yedra.

Yo atrueno en el torrente  
y silbo en la centella,  
y ciego en el relámpago  
y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,  
susurro en la alta yerba,  
suspiro en la onda pura  
y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos  
del humo que se eleva  
y al cielo lento sube  
en espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos  
que los insectos cuelgan  
me mezco entre los árboles  
en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas  
que, en la corriente fresca  
del cristalino arroyo,  
desnudas juegan.

Yo, en bosques de corales  
que alfombran blancas perlas,  
persigo en el océano  
las náyades ligeras.



Yo, en las cavernas cóncavas  
do el sol nunca penetra,  
mezclándome a los gnomos,  
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos  
las ya borradas huellas,  
y sé de esos imperios  
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo  
los mundos que voltean,  
y mi pupila abarca  
la creación entera.

Yo sé de esas regiones  
a do un rumor no llega,  
y donde informes astros  
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo  
el puente que atraviesa,  
yo soy la ignota escala  
que el cielo une a la tierra,

Yo soy el invisible  
anillo que sujeta  
el mundo de la forma  
al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,

desconocida esencia,  
perfume misterioso  
de que es vaso el poeta.

## RIMA VI (57)

Como la brisa que la sangre orea  
sobre el oscuro campo de batalla,  
cargada de perfumes y armonías  
en el silencio de la noche vaga,

Símbolo del dolor y la ternura,  
del bardo inglés en el horrible drama,  
la dulce Ofelia, la razón perdida,  
cogiendo flores y cantando pasa.

## RIMA VII (13)

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

—¡Ay! —pensé—; ¡cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: «¡Levántate y anda!».

## RIMA VIII (25)

Cuando miro el azul horizonte  
perderse a lo lejos,  
al través de una gasa de polvo  
dorado e inquieto,  
me parece posible arrancarme  
del mísero suelo  
y flotar con la niebla dorada  
en átomos leves  
cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo  
oscuro del cielo  
las estrellas temblar como ardientes  
pupilas de fuego,  
me parece posible a do brillan  
subir en un vuelo  
y anegarme en su luz, y con ellas  
en lumbre encendido  
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo  
ni aun sé lo que creo;  
sin embargo estas ansias me dicen  
que yo llevo algo  
divino aquí dentro.

## RIMA IX (27)

Besa el aura que gime blandamente  
las leves ondas que jugando riza;  
el sol besa a la nube en occidente  
y de púrpura y oro la matiza;  
la llama en derredor del tronco ardiente  
por besar a otra llama se desliza;  
y hasta el sauce, inclinándose a su peso,  
al río que le besa, vuelve un beso.

RIMA X (46)

Los invisibles átomos del aire  
en derredor palpitan y se inflaman,  
el cielo se deshace en rayos de oro,  
la tierra se estremece alborozada.

Oigo flotando en olas de armonías,  
rumor de besos y batir de alas;  
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?  
¡Es el amor que pasa!

RIMA XI (51)

—Yo soy ardiente, yo soy morena,  
yo soy el símbolo de la pasión,  
de ansia de goces mi alma está llena.

¿A mí me buscas?

—No es a ti, no.

—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro:  
puedo brindarte dichas sin fin,  
yo de ternuras guardo un tesoro.

¿A mí me llamas?

—No, no es a ti.

—Yo soy un sueño, un imposible,  
vano fantasma de niebla y luz;  
soy incorpórea, soy intangible:  
no puedo amarte.

—¡Oh ven, ven tú!



## RIMA XII (79)

Porque son, niña, tus ojos  
verdes como el mar, te quejas;  
verdes los tienen las náyades,  
verdes los tuvo Minerva,  
y verdes son las pupilas  
de las hourís del Profeta.

El verde es gala y ornato  
del bosque en la primavera;  
entre sus siete colores  
brillante el Iris lo ostenta,  
las esmeraldas son verdes;  
verde el color del que espera,  
y las ondas del océano  
y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana  
rosa de escarcha cubierta,  
en que el carmín de los pétalos  
se ve al través de las perlas.

Y sin embargo,  
sé que te quejas  
porque tus ojos  
crees que la afean,  
pues no lo creas.

Que parecen sus pupilas  
húmedas, verdes e inquietas,  
tempranas hojas de almendro  
que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes  
purpúrea granada abierta  
que en el estío convida  
a apagar la sed con ella,

Y sin embargo,  
sé que te quejas  
porque tus ojos  
crees que la afean,  
pues no lo creas.

Que parecen, si enojada  
tus pupilas centellean,  
las olas del mar que rompen  
en las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona,  
crespo el oro en ancha trenza,  
nevada cumbre en que el día  
su postrera luz refleja.

Y sin embargo,  
sé que te quejas  
porque tus ojos  
crees que la afean:

pues no lo creas.

Que entre las rubias pestañas,  
junto a las sienes semejan  
broches de esmeralda y oro  
que un blanco armiño sujetan.

\*

Porque son, niña, tus ojos  
verdes como el mar te quejas;  
quizás, si negros o azules  
se tornasen, lo sintieras.

## RIMA XIII (29)

Tu pupila es azul y, cuando ríes,  
su claridad süave me recuerda  
el trémulo fulgor de la mañana  
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul y, cuando lloras,  
las transparentes lágrimas en ella  
se me figuran gotas de rocío  
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo  
como un punto de luz radia una idea,  
me parece en el cielo de la tarde  
una perdida estrella.

## RIMA XIV (72)

Te vi un punto y, flotando ante mis ojos,  
la imagen de tus ojos se quedó,  
como la mancha oscura orlada en fuego  
que flota y ciega si se mira al sol.

Adondequiera que la vista clavo,  
torno a ver las pupilas llamear;  
mas no te encuentro a ti, que es tu mirada,  
unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro  
desasidos fantásticos lucir;  
cuando duermo los siento que se ciernen,  
de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche  
llevan al caminante a perecer;  
yo me siento arrastrado por tus ojos,  
pero adónde me arrastran, no lo sé.

## RIMA XV (60)

Cendal flotante de leve bruma,  
rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro  
de arpa de oro,  
beso del aura, onda de luz:  
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy a tocarte te desvaneces  
¡como la llama, como el sonido,  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul!

En mar sin playas onda sonante,  
en el vacío cometa errante,  
largo lamento  
del ronco viento,  
ansia perpetua de algo mejor,  
¡eso soy yo!

Yo, que a tus ojos, en mi agonía,  
los ojos vuelvo de noche y día;  
yo, que incansable corro y demente  
¡tras una sombra, tras la hija ardiente  
de una visión!

## RIMA XVI (43)

Si al mecer las azules campanillas  
de tu balcón,  
crees que suspirando pasa el viento  
murmurador,  
sabe que, oculto entre las verdes hojas,  
suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas  
vago rumor,  
crees que por tu nombre te ha llamado  
lejana voz,  
sabe que, entre las sombras que te cercan,  
te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche  
tu corazón,  
al sentir en tus labios un aliento  
abrasador,  
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo,  
respiro yo.

RIMA XVII (50)

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,  
hoy llega al fondo de mi alma el sol,  
hoy la he visto... La he visto y me ha mirado...  
¡Hoy creo en Dios!



RIMA XVIII (6)

Fatigada del baile,  
encendido el color, breve el aliento,  
apoyada en mi brazo,  
del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa  
que levantaba el palpitante seno,  
una flor se mecía  
en compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar  
que empuja el mar y que acaricia el céfiro,  
tal vez allí dormía  
al soplo de sus labios entreabiertos.

¡Oh, quién así —pensaba—  
dejar pudiera deslizarse el tiempo!  
¡Oh, si las flores duermen,  
qué dulcísimo sueño!

RIMA XIX (52)

Cuando sobre el pecho inclinas  
la melancólica frente,  
una azucena tronchada  
me pareces.

Porque al darte la pureza  
de que es símbolo celeste,  
como a ella te hizo Dios  
de oro y nieve.

## RIMA XX ((37))

Sabe, si alguna vez tus labios rojos  
quema invisible atmósfera abrasada,  
que el alma que hablar puede con los ojos,  
también puede besar con la mirada.

RIMA XXI (21)

—¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul,  
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

RIMA XXII (19)

¿Cómo vive esa rosa que has prendido  
junto a tu corazón?  
Nunca hasta ahora contemplé en el mundo  
junto al volcán la flor.

RIMA XXIII (22)

Por una mirada, un mundo;  
por una sonrisa, un cielo;  
por un beso... ¡Yo no sé  
qué te diera por un beso!

RIMA XXIV (33)

Dos rojas lenguas de fuego  
que a un mismo tronco enlazadas  
se aproximan y, al besarse,  
forman una sola llama.

Dos notas que del laúd  
a un tiempo la mano arranca,  
y en el espacio se encuentran  
y armoniosas se abrazan.

Dos olas que vienen juntas  
a morir sobre una playa  
y que al romper se coronan  
con un penacho de plata.

Dos jirones de vapor  
que del lago se levantan  
y, al juntarse allá en el cielo,  
forman una nube blanca.

Dos ideas que al par brotan;  
dos besos que a un tiempo estallan,  
dos ecos que se confunden;  
eso son nuestras dos almas.

RIMA XXV (31)

Cuando en la noche te envuelven  
las alas de tul del sueño  
y tus tendidas pestañas  
semejan arcos de ébano,  
por escuchar los latidos  
de tu corazón inquieto  
y reclinar tu dormida  
cabeza sobre mi pecho,  
diera, alma mía,  
cuanto posea:  
¡la luz, el aire  
y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos  
en un invisible objeto  
y tus labios ilumina  
de una sonrisa el reflejo,  
por leer sobre tu frente  
el callado pensamiento  
que pasa como la nube  
del mar sobre el ancho espejo,  
diera, alma mía,  
cuanto deseo:  
¡la fama, el oro,



la gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua

y se apresura tu aliento

y tus mejillas se encienden

y entornas tus ojos negros,

por ver entre sus pestañas

brillar con húmedo fuego

la ardiente chispa que brota

del volcán de los deseos,

diera, alma mía,

por cuanto espero,

la fe, el espíritu,

la tierra, el cielo.

RIMA XXVI (7)

Voy contra mi interés al confesarlo;  
no obstante, amada mía,  
pienso, cual tú, que una oda sólo es buena  
de un billete del Banco al dorso escrita.  
No faltará algún necio que al oírlo  
se haga cruces y diga:  
—Mujer al fin del siglo diecinueve,  
material y prosaica... ¡Boberías!

Voces que hacen correr cuatro poetas  
que en invierno se embozan con la lira;  
¡Ladridos de los perros a la luna!  
Tú sabes y yo sé que en esta vida  
con genio es muy contado el que la escribe,  
y con oro cualquiera hace poesía.

RIMA XXVII (63)

Despierta, tiemblo al mirarte;  
dormida, me atrevo a verte;  
por eso, alma de mi alma,  
yo velo mientras tú duermes.

Despierta, ríes, y al reír tus labios  
inquietos me parecen  
relámpagos de grana que serpean  
sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca  
pliega sonrisa leve,  
suave como el rastro luminoso  
que deja un sol que muere.

¡Duerme!

Despierta, miras y al mirar tus ojos  
húmedos resplandecen  
como la onda azul en cuya cresta  
chispeando el sol hiera.

Al través de tus párpados, dormida,  
tranquilo fulgor vierten,  
cual derrama de luz, templado rayo,  
lámpara transparente.

¡Duerme!

Despierta, hablas y al hablar vibrantes

tus palabras parecen  
lluvia de perlas que en dorada copa  
se derrama a torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento  
acompañado y tenue,  
escucho yo un poema que mi alma  
enamorada entiende.

¡Duerme!

Sobre el corazón la mano  
me he puesto porque no suene  
su latido y de la noche  
turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas  
cerré ya porque no entre  
el resplandor enojoso  
de la aurora y te despierte.

¡Duerme!

RIMA XXVIII (58)

Cuando entre la sombra oscura,  
perdida una voz murmura  
turbando su triste calma,  
si en el fondo de mi alma  
la oigo dulce resonar,  
dime: ¿es que el viento en sus giros  
se queja, o que tus suspiros  
me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana  
rojo brilla a la mañana,  
y mi amor tu sombra evoca,  
si en mi boca de otra boca  
sentir creo la impresión,  
dime: ¿es que ciego deliro,  
o que un beso en un suspiro  
me envía tu corazón?

Y en el luminoso día  
y en la alta noche sombría,  
si en todo cuanto rodea  
al alma que te desea,  
te creo sentir y ver,  
dime: ¿es que toco y respiro  
soñando, o que en un suspiro  
me das tu aliento a beber?

RIMA XXIX (53)

*La bocca mi baciò tutto tremante.*

Sobre la falda tenía  
el libro abierto;  
en mi mejilla tocaban  
sus rizos negros;  
no veíamos letras  
ninguno creo;  
mas guardábamos ambos  
hondo silencio.  
¿Cuánto duró? Ni aun entonces  
pude saberlo.  
Sólo sé que no se oía  
más que el aliento,  
que apresurado escapaba  
del labio seco.  
Sólo sé que nos volvimos  
los dos a un tiempo,  
y nuestros ojos se hallaron  
¡y sonó un beso!

\*

Creación de Dante era el libro;  
era su Infierno.  
Cuando a él bajamos los ojos,  
yo dije trémulo:

—¿Comprendes ya que un poema  
cabe en un verso?

Y ella respondió encendida:

—¡Ya lo comprendo!

RIMA XXX (40)

Asomaba a sus ojos una lágrima  
y a mi labio una frase de perdón;  
habló el orgullo y se enjugó su llanto,  
y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino; ella, por otro;  
pero, al pensar en nuestro mutuo amor,  
yo digo aún: —¿Por qué callé aquel día?  
Y ella dirá: —¿Por qué no lloré yo?



RIMA XXXI (30)

Nuestra pasión fue un trágico sainete  
en cuya absurda fábula  
lo cómico y lo grave confundidos  
risas y llanto arrancan.  
Pero fue lo peor de aquella historia  
que al fin de la jornada  
a ella tocaron lágrimas y risas  
y a mí, sólo las lágrimas.

RIMA XXXII (73)

Pasaba arrolladora en su hermosura  
y el paso le dejé;  
ni aun a mirarla me volví y, no obstante,  
algo a mi oído murmuró: —Esa es.

¿Quién reunió la tarde a la mañana?  
Lo ignoro; sólo sé  
que en una breve noche de verano  
se unieron los crepúsculos, y... fue.

RIMA XXXIII (69)

Es cuestión de palabras y, no obstante,  
ni tú ni yo jamás,  
después de lo pasado, convendremos  
en quién la culpa está.

¡Lástima que el Amor un diccionario  
no tenga donde hallar  
cuándo el orgullo es simplemente orgullo  
y cuándo es dignidad!.

RIMA XXXIV (65)

Cruza callada, y son sus movimientos  
silenciosa armonía:  
suenan sus pasos, y al sonar recuerdan  
del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos  
tan claros como el día;  
y la tierra y el cielo, cuanto abarcan,  
arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas  
del agua fugitiva;  
llora, y es cada lágrima un poema  
de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,  
el color y la línea,  
la forma engendradora de deseos,  
la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Qué es estúpida? ¡Bah! Mientras callando  
guarde oscuro el enigma,  
siempre valdrá lo que yo creo que calla  
más que lo que cualquiera otra me diga.

RIMA XXXV (78)

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día,  
me admiró tu cariño mucho más;  
porque lo que hay en mí que vale algo,  
eso... ni lo pudiste sospechar.

RIMA XXXVI (54)

Si de nuestros agravios en un libro  
se escribiese la historia,  
y se borrara en nuestras almas cuanto  
se borrara en sus hojas.

¡Te quiero tanto aún! ¡Dejó en mi pecho  
tu amor huellas tan hondas,  
que sólo con que tú borras una,  
las borraba yo todas!

RIMA XXXVII (28)

Antes que tú me moriré; escondido  
en las entrañas ya  
el hierro llevo con que abrió tu mano  
la ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré; y mi espíritu,  
en su empeño tenaz,  
se sentará a las puertas de la muerte,  
esperándote allá.

Con las horas los días, con los días  
los años volarán,  
y a aquella puerta llamarás al cabo...  
¿Quién deja de llamar?

Entonces, que tu culpa y tus despojos  
la tierra guardará,  
lavándote en las ondas de la muerte  
como en otro Jordán;

allí donde el murmullo de la vida  
temblando a morir va,  
como la ola que a la playa viene  
silenciosa a expirar;

allí donde el sepulcro que se cierra  
abre una eternidad,  
todo cuanto los dos hemos callado,  
allí lo hemos de hablar.

RIMA XXXVIII (4)

Los suspiros son aire y van al aire.  
Las lágrimas son agua y van al mar.  
Dime, mujer, cuando el amor se olvida,  
¿sabes tú adónde va?



RIMA XXXIX (75)

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,  
es altanera y vana y caprichosa;  
antes que el sentimiento de su alma,  
brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,  
no hay una fibra que al amor responda;  
que es una estatua inanimada..., pero...  
¡es tan hermosa!

## RIMA XL (66)

Su mano entre mis manos,  
sus ojos en mis ojos,  
la amorosa cabeza  
apoyada en mi hombro,  
Dios sabe cuántas veces  
con paso perezoso  
hemos vagado juntos  
bajo los altos olmos  
que de su casa prestan  
misterio y sombra al pórtico.

Y ayer... un año apenas,  
pasado como un soplo,  
con qué exquisita gracia,  
con qué admirable aplomo,  
me dijo al presentarnos  
un amigo oficioso:  
—¡Creo que en alguna parte  
he visto a usted! ¡Ah, bobos,  
que sois de los salones  
comadres de buen tono,  
y andabais allí a caza  
de galantes embrollos:  
qué historia habéis perdido,

qué manjar tan sabroso  
para ser devorado  
sotto voce en un coro  
detrás del abanico  
de plumas y de oro...!

Discreta y casta luna,  
copudos y altos olmos,  
paredes de su casa,  
umbrales de su pórtico,  
callad, y que el secreto  
no salga de vosotros.  
Callad, que por mi parte  
yo lo he olvidado todo;  
y ella... ella, no hay máscara  
semejante a su rostro.

RIMA XLI (26)

Tú eras el huracán, y yo la alta  
torre que desafía su poder.

¡Tenías que estrellarte o que abatirme...!

¡No pudo ser!

Tú eras el océano; y yo la enhiesta  
roca que firme aguarda su vaivén.

¡Tenías que romperte o que arrancarme...!

¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados  
uno a arrollar, el otro a no ceder;  
la senda estrecha, inevitable el choque...

¡No pudo ser!

RIMA XLII (16)

Cuando me lo contaron sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas;  
me apoyé contra el muro, y un instante  
la conciencia perdí de dónde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche,  
en ira y en piedad se anegó el alma.  
¡Y entonces comprendí por qué se llora,  
y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor.... Con pena  
logré balbucear breves palabras...  
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...  
Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

RIMA XLIII (34)

Dejé la luz a un lado, y en el borde  
de la revuelta cama me senté,  
mudo, sombrío, la pupila inmóvil  
clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé; al dejarme  
la embriaguez horrible del dolor,  
expiraba la luz y en mis balcones  
reía al sol.

Ni sé tampoco en tan horribles horas  
en qué pensaba o qué pasó por mí;  
sólo recuerdo que lloré y maldije,  
y que en aquella noche envejecí.

RIMA XLIV (10)

Como en un libro abierto  
leo de tus pupilas en el fondo.  
¿A qué fingir el labio  
risas que se desmienten con los ojos?  
¡Llora! No te avergüences  
de confesar que me quisiste un poco.  
¡Llora! Nadie nos mira.  
Ya ves; yo soy un hombre... y también lloro.

### RIMA XLV (3)

En la clave del arco ruinoso  
cuyas piedras el tiempo enrojeció,  
obra de cincel rudo campeaba  
el gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,  
la yedra que colgaba en derredor  
daba sombra al escudo en que una mano  
tenía un corazón.

A contemplarle en la desierta plaza  
nos paramos los dos;  
—Y ese —me dijo— es el cabal emblema  
de mi constante amor.

¡Ay! Es verdad lo que me dijo entonces;  
verdad que el corazón  
lo llevará en la mano..., en cualquier parte...  
pero en el pecho, no.



RIMA XLVI (77)

Me ha herido recatándose en las sombras,  
sellando con un beso su traición.

Los brazos me echó al cuello y por la espalda  
partiόμε a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,  
feliz, risueña, impávida. ¿Y por qué?  
Porque no brota sangre de la herida.  
Porque el muerto está en pie.

## RIMA XLVII (2)

Yo me he asomado a las profundas simas  
de la tierra y del cielo,  
y les he visto el fin o con los ojos  
o con el pensamiento.

Mas ¡ay!, de un corazón llegué al abismo  
y me incliné un momento,  
y mi alma y mis ojos se turbaron:  
¡Tan hondo era y tan negro!

RIMA XLVIII (1)

Como se arranca el hierro de una herida  
su amor de las entrañas me arranqué;  
aunque sentí al hacerlo que la vida  
¡me arrancaba con él!

Del altar que le alcé en el alma mía,  
la voluntad su imagen arrojó;  
y la luz de la fe que en ella ardía  
ante el ara desierta se apagó.

Aún para combatir mi firme empeño  
viene a mi mente su visión tenaz...  
¡Cuánto podré dormir con ese sueño  
en que acaba el soñar!

RIMA XLIX (14)

Alguna vez la encuentro por el mundo,  
y pasa junto a mí;  
y pasa sonriéndose, y yo digo:  
—¿Cómo puede reír?

Luego asoma a mi labio otra sonrisa,  
máscara del dolor,  
y entonces pienso: —Acaso ella se ríe,  
como me río yo.

## RIMA L (12)

Lo que el salvaje que con torpe mano  
hace de un tronco a su capricho un dios,  
y luego ante su obra se arrodilla,  
eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales a un fantasma,  
de la mente ridícula invención,  
y hecho el ídolo ya, sacrificamos  
en su altar nuestro amor.

RIMA LI (70)

De lo poco de vida que me resta  
diera con gusto los mejores años,  
por saber lo que a otros  
de mí has hablado.

Y esta vida mortal, y de la eterna  
lo que me toque, si me toca algo,  
por saber lo que a solas  
de mí has pensado.

RIMA LII (35)

Olas gigantes que os rompéis bramando  
en las playas desiertas y remotas,  
envuelto entre la sábana de espumas,  
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis  
del alto bosque las marchitas hojas,  
arrastrado en el ciego torbellino,  
¡llevadme con vosotras!

Nube de tempestad que rompe el rayo  
y en fuego ornáis las sangrientas orlas,  
arrebatado entre la niebla oscura,  
¡llevadme con vosotras!.

Llevadme, por piedad, a donde el vértigo  
con la razón me arranque la memoria.  
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme  
con mi dolor a solas!.

## RIMA LIII (38)

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha a contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
¡esas... no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
de tu jardín las tapias a escalar,  
y otra vez a la tarde aún más hermosas  
sus flores se abrirán.

Pero aquellas, cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
¡esas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar;  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido...; desengáñate,  
¡así... no te querrán!



RIMA LIV (36)

Cuando volvemos las fugaces horas  
del pasado a evocar,  
temblando brilla en sus pestañas negras  
una lágrima pronta a resbalar.

Y, al fin, resbala y cae como gota  
de rocío al pensar  
que cual hoy por ayer, por hoy mañana,  
volveremos los dos a suspirar.

RIMA LV (9)

Entre el disorde estruendo de la orgía  
acarició mi oído,  
como nota de música lejana,  
el eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco,  
formado de un aliento que he bebido,  
perfume de una flor que oculta crece  
en un claustro sombrío.

Mi adorada de un día, cariñosa,  
—¿En qué piensas?— me dijo.  
—En nada... —En nada, ¿y lloras? —Es que tengo  
alegre la tristeza y triste el vino.

## RIMA LVI (20)

Hoy como ayer, mañana como hoy,  
¡y siempre igual!  
Un cielo gris, un horizonte eterno  
y andar... andar.

Moviéndose a compás, como una estúpida  
máquina, el corazón.  
La torpe inteligencia del cerebro,  
dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,  
buscándole sin fe,  
fatiga sin objeto, ola que rueda  
ignorando por qué.

Voz que, incesante, con el mismo tono,  
canta el mismo cantar,  
gota de agua monótona que cae  
y cae, sin cesar.

Así van deslizándose los días,  
unos de otros en pos;  
hoy lo mismo que ayer...; y todos ellos,  
sin gozo ni dolor.

¡Ay, a veces me acuerdo suspirando  
del antiguo sufrir!  
Amargo es el dolor, ¡pero siquiera  
padecer es vivir!

## RIMA LVII (32)

Este armazón de huesos y pellejos,  
de pasear una cabeza loca  
se halla cansado al fin, y no lo extraño,  
pues, aunque es la verdad que no soy viejo,  
de la parte de vida que me toca  
en la vida del mundo, por mi daño  
he hecho un uso tal, que juraría  
que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,  
no podría decir que no he vivido;  
que el sayo, al parecer nuevo por fuera,  
conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí, ¡pese a mi estrella!  
Harto lo dice ya mi afán doliente,  
que hay dolor que al pasar, su horrible huella  
graba en el corazón, si no en la frente.

RIMA LVIII (8)

¿Quieres que de ese néctar delicioso  
no te amargue la hez?  
Pues aspirale, acércale a tus labios  
y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce  
memoria de este amor?  
Pues amémonos hoy mucho, y mañana  
digámonos: —¡Adiós!

RIMA LIX (17)

Yo sé cuál el objeto  
de tus suspiros es;  
yo conozco la causa de tu dulce  
secreta languidez.

¿Te ríes?... Algún día  
sabrás, niña, por qué.  
Tú acaso lo sospechas,  
y yo lo sé.

Yo sé cuándo tú sueñas,  
y lo que en sueños ves;  
como en un libro, puedo lo que callas  
en tu frente leer.

¿Te ríes?... Algún día  
sabrás, niña, por qué.  
Tú acaso lo sospechas,  
y yo lo sé.

Yo sé por qué sonríes  
y lloras a la vez;  
yo penetro en los senos misteriosos  
de tu alma de mujer.

¿Te ríes? ... Algún día  
sabrás, niña, por qué;  
mientras tú sientes mucho y nada sabes,  
yo, que no siento ya, todo lo sé.

RIMA LX (41)

    Mi vida es un erial,  
flor que toco se deshoja;  
que en mi camino fatal  
alguien va sembrando el mal  
para que yo lo recoja.

RIMA LXI (45)

Al ver mis horas de fiebre  
e insomnio lentas pasar,  
a la orilla de mi lecho,  
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano  
tienda, próximo a expirar,  
buscando una mano amiga,  
¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie  
de mis ojos el cristal,  
mis párpados aún abiertos,  
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene  
(si suena en mi funeral)  
una oración, al oírla,  
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos  
oprima la tierra ya,  
sobre la olvidada fosa,  
¿quién vendrá a llorar?

¿Quién en fin, al otro día,  
cuando el sol vuelva a brillar,  
de que pasé por el mundo  
quién se acordará?



RIMA LXII (56)

Primero es un albor trémulo y vago,  
raya de inquieta luz que corta el mar;  
luego chispea y crece y se dilata  
en ardiente explosión de claridad.

La brilladora lumbre es la alegría,  
la temerosa sombra es el pesar.  
¡Ay! En la oscura noche de mi alma,  
¿cuándo amanecerá?

RIMA LXIII (68)

Como enjambre de abejas irritadas,  
de un oscuro rincón de la memoria  
salen a perseguirme los recuerdos  
de las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!  
Me rodean, me acosan,  
y unos tras otros a clavarme vienen  
el agudo aguijón que el alma encona.

RIMA LXIV (64)

Como guarda el avaro su tesoro,  
guardaba mi dolor;  
quería probar que hay algo eterno  
a la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano y oigo, al tiempo  
que le acabó, decir:  
¡Ah, barro miserable, eternamente  
no podrás ni aun sufrir!

RIMA LXV (47)

Llegó la noche y no encontré un asilo;  
y tuve sed ... ¡mis lágrimas bebí!  
¡Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos  
cerré para morir!

¿Estaba en un desierto? Aunque a mi oído  
de las turbas llegaba el ronco hervir,  
yo era huérfano y pobre... El mundo estaba  
desierto... ¡para mí!

RIMA LXVI (67)

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero  
de los senderos busca;  
las huellas de unos pies ensangrentados  
sobre la roca dura;  
los despojos de un alma hecha jirones  
en las zarzas agudas,  
te dirán el camino  
que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste  
de los páramos cruza,  
valle de eternas nieves y de eternas  
melancólicas brumas;  
en donde esté una piedra solitaria  
sin inscripción alguna,  
donde habite el olvido,  
allí estará mi tumba.

## RIMA LXVII (18)

¡Qué hermoso es ver el día  
coronado de fuego levantarse,  
y, a su beso de lumbre,  
brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es tras la lluvia  
del triste otoño en la azulada tarde,  
de las húmedas flores  
el perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es cuando en copos  
la blanca nieve silenciosa cae,  
de las inquietas llamas  
ver las rojizas lenguas agitarse!

Qué hermoso es cuando hay sueño,  
dormir bien... y roncar como un sochantre  
y comer... y engordar... ¡y qué desgracia  
que esto sólo no baste!

RIMA LXVIII (61)

No sé lo que he soñado  
en la noche pasada.  
Triste, muy triste debió ser el sueño,  
pues despierto la angustia me duraba.

Noté al incorporarme  
húmeda la almohada,  
y por primera vez sentí al notarlo,  
de un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño  
que llanto nos arranca,  
mas tengo en mi tristeza una alegría...  
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

RIMA LXIX (49)

Al brillar un relámpago nacemos,  
y aún dura su fulgor cuando morimos;  
¡tan corto es el vivir!

La Gloria y el Amor tras que corremos  
sombras de un sueño son que perseguimos;  
¡despertar es morir!



RIMA LXX (59)

¡Cuántas veces, al pie de las musgosas  
paredes que la guardan,  
oí la esquila que al mediar la noche  
a los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi silueta  
la luna plateada,  
junto a la del ciprés, que de su huerto  
se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,  
de su ojiva calada,  
¡cuántas veces temblar sobre los vidrios  
vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros  
de la torre silbara,  
del coro entre las voces percibía  
su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso  
por la desierta plaza  
se atrevía a cruzar, al divisarme  
el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno  
dijese a la mañana,  
que de algún sacristán muerto en pecado

acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones  
del atrio y la portada;  
de mis pies las ortigas que allí crecen  
las huellas tal vez guardan.

Los búhos, que espantados me seguían  
con sus ojos de llamas,  
llegaron a mirarme con el tiempo  
como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles  
se movían a rastras;  
hasta los mudos santos de granito  
creo que me saludaban.

RIMA LXXI (76)

No dormía: vagaba en ese limbo  
en que cambian de forma los objetos,  
misteriosos espacios que separan  
la vigilia del sueño.

Las ideas que en ronda silenciosa  
daban vueltas en torno a mi cerebro,  
poco a poco en su danza se movían  
con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos  
los párpados velaban el reflejo;  
mas otra luz el mundo de visiones  
alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído  
un rumor semejante al que en el templo  
vaga confuso al terminar los fieles  
con un Amén sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste  
que por mi nombre me llamó a lo lejos,  
¡y sentí olor de cirios apagados,  
de humedad y de incienso!

Entró la noche y del olvido en brazos  
caí cual piedra en su profundo seno.  
Dormí y al despertar exclamé: —¡Alguno  
que yo quería ha muerto!

RIMA LXXII (5)

*PRIMERA VOZ*

Las ondas tienen vaga armonía,  
las violetas suave olor,  
brumas de plata la noche fría,  
luz y oro el día;  
yo algo mejor;  
¡yo tengo Amor!

*SEGUNDA VOZ*

Aura de aplausos, nube radiosa,  
ola de envidia que besa el pie,  
isla de sueños donde reposa  
el alma ansiosa,  
dulce embriaguez:  
¡la Gloria es!

*TERCERA VOZ*

Ascuá encendida es el tesoro,  
sombra que huye la vanidad.  
Todo es mentira: la gloria, el oro;  
lo que yo adoro  
sólo es verdad:  
¡la Libertad!

Así los barqueros pasaban cantando  
la eterna canción

y, al golpe del remo, saltaba la espuma  
y heríala el sol.

—¿Te embarcas?, gritaban; y yo sonriendo  
les dije al pasar:

—Yo ya me he embarcado; por señas que aún tengo  
la ropa en la playa tendida a secar.

RIMA LXXIII (71)

Cerraron sus ojos  
que aún tenía abiertos,  
taparon su cara  
con un blanco lienzo,  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron.

La luz que en un vaso  
ardía en el suelo,  
al muro arrojaba  
la sombra del lecho;  
y entre aquella sombra  
veíase a intervalos  
dibujarse rígida  
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,  
y, a su albor primero,  
con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
de vida y misterio,  
de luz y tinieblas,

yo pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

De la casa, en hombros,  
lleváronla al templo  
y en una capilla  
dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
sus pálidos restos  
de amarillas velas  
y de paños negros.

Al dar de las Ánimas  
el toque postrero,  
acabó una vieja  
sus últimos rezos,  
cruzó la ancha nave,  
las puertas gimieron,  
y el santo recinto  
quedóse desierto.

De un reloj se oía  
compasado el péndulo,  
y de algunos cirios  
el chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
tan oscuro y yerto

todo se encontraba  
que pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

De la alta campana  
la lengua de hierro  
le dio volteando  
su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
amigos y deudos  
cruzaron en fila  
formando el cortejo.

Del último asilo,  
oscuro y estrecho,  
abrió la piqueta  
el nicho a un extremo.  
Allí la acostaron,  
tapiáronle luego,  
y con un saludo  
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro  
el sepulturero,  
cantando entre dientes,  
se perdió a lo lejos.  
La noche se entraba,



el sol se había puesto:  
perdido en las sombras  
yo pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

En las largas noches  
del helado invierno,  
cuando las maderas  
crujir hace el viento  
y azota los vidrios  
el fuerte aguacero,  
de la pobre niña  
a veces me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
con un son eterno;  
allí la combate  
el soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
tendida en el hueco,  
¡caso de frío  
se hielan sus huesos...!

\* \* \*

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es sin espíritu,

podredumbre y cieno?  
No sé; pero hay algo  
que explicar no puedo,  
algo que repugna  
aunque es fuerza hacerlo,  
el dejar tan tristes,  
tan solos los muertos.

RIMA LXXIV (24)

Las ropas desceñidas,  
desnudas las espaldas,  
en el dintel de oro de la puerta  
dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros  
que defienden la entrada,  
y de las dobles rejas en el fondo  
la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen  
que en leve ensueño pasa,  
como rayo de luz tenue y difuso  
que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente  
deseo llena el alma;  
como atrae un abismo, aquel misterio  
hacia sí me arrastraba.

Mas ¡ay! que, de los ángeles,  
parecían decirme las miradas:  
—El umbral de esta puerta  
sólo Dios lo traspasa.

RIMA LXXV (23)

¿Será verdad que, cuando toca el sueño,  
con sus dedos de rosa, nuestros ojos,  
de la cárcel que habita huye el espíritu  
en vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,  
de la brisa nocturna al tenue soplo,  
alado sube a la región vacía  
a encontrarse con otros?

¿Y allí desnudo de la humana forma,  
allí los lazos terrenales rotos,  
breves horas habita de la idea  
el mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama  
y guarda un rastro del dolor y el gozo,  
semejante al que deja cuando cruza  
el cielo un meteoro?.

Yo no sé si ese mundo de visiones  
vive fuera o va dentro de nosotros.  
Pero sé que conozco a muchas gentes  
a quienes no conozco.

RIMA LXXVI (74)

En la imponente nave  
del templo bizantino,  
vi la gótica tumba a la indecisa  
luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,  
y en las manos un libro,  
una mujer hermosa reposaba  
sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado,  
al dulce peso hundido,  
cual si de blanda pluma y raso fuera  
se plegaba su lecho de granito.

De la sonrisa última  
el resplandor divino  
guardaba el rostro, como el cielo guarda  
del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra  
sentados en el filo,  
don ángeles, el dedo sobre el labio,  
imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;  
de los arcos macizos  
parecía dormir en la penumbra,

y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave  
al ángulo sombrío  
con el callado paso que llegamos  
junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,  
y aquel resplandor tibio,  
aquel lecho de piedra que ofrecía  
próximo al muro otro lugar vacío,  
en el alma avivaron  
la sed de lo infinito,  
el ansia de esa vida de la muerte  
para la que un instante son los siglos ...

Cansado del combate  
en que luchando vivo,  
alguna vez me acuerdo con envidia  
de aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida  
mujer me acuerdo y digo:  
—¡Oh, qué amor tan callado, el de la muerte!  
¡Qué sueño el del sepulcro, tan tranquilo!

RIMA LXXVII (44)

Dices que tienes corazón, y sólo  
lo dices porque sientes sus latidos.  
Eso no es corazón...; es una máquina,  
que, al compás que se mueve, hace ruido.

RIMA LXXVIII (48)

Fingiendo realidades  
con sombra vana,  
delante del Deseo  
va la Esperanza.

Y sus mentiras,  
como el fénix, renacen  
de sus cenizas.



RIMA LXXIX (55)

Una mujer me ha envenenado el alma,  
otra mujer me ha envenenado el cuerpo;  
ninguna de las dos vino a buscarme,  
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;  
si mañana, rodando, este veneno  
envenena a su vez ¿por qué acusarme?  
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?